

Fenomenología de lo peronista



Martín Kohan

Universidad de Buenos Aires / martindiegokohan@gmail.com

Resumen

La determinación verificada de lo que es y no es peronista define el propósito de Carlos Godoy en *Escolástica peronista ilustrada*. El análisis de ese texto, y de las ilustraciones de Daniel Santoro que lo acompañan en la edición de Interzona, permite indagar en la manera en que una nueva generación de escritores imagina el peronismo hoy. Sus insistencias y sus contradicciones, sus ambiciones y sus límites, acaso señalen ciertas marcas generacionales, a la par que ciertas imposibilidades crónicas.

Palabras clave

peronismo
gorilismo
ternurismo
prepotencia

Abstract

The verified determination of what is and is not Peronist define the aim of Carlos Godoy's *Escolástica peronista ilustrada*. The analysis of this text, along with the study of Daniel Santoro's illustrations that accompanying the Interzona edition, allows us to delve into how a new generation of writers imagine the Peronist nowadays. Its insinuations and its contradictions, its ambitions and its limits, might be pointing out certain generational marks and, at the same time, certain chronic impossibilities.

Key words

peronist
gorilismo
sentimentality
prepotency

Ya no podemos decir que no sabemos qué es en verdad el peronismo, en qué consiste, a qué se debe. Varios intentos medulares se emprendieron para entenderlo y darlo a entender, ya sea por medio de la lucidez analítica del ensayo (los de Murmis y Portantiero [2011], Horacio González [2007], Alejandro Horowicz [2005], etc.), por medio de la emotividad fílmica (la *Sinfonía de un sentimiento* de Leonardo Favio), por medio de la autodefinition doctrinaria (los libros del propio Perón), etc. Pero un aporte de otro orden se verifica con la *Escolástica peronista ilustrada* compuesta con versos de Carlos Godoy e imágenes de Daniel Santoro. La pregunta que, elidida, parece en cierto modo presidirla, no es *¿qué es el peronismo?*, sino más bien *¿qué es lo peronista?*, o en todo caso *¿qué es peronista?*; haciendo así del asunto una materia de constatación empírico cultural antes que una cuestión metafísica (la pregunta por el ser) o ideológica (el detalle de un pensamiento político).

La pintura de Daniel Santoro concibe al peronismo ante todo como una figuración, pero no porque así lo determine la naturaleza misma del arte pictórico, sino por

una tácita postulación de que la lógica de la figuración es la que lo constituye ante todo (en el sentido en que soñamos o recordamos por medio de figuraciones, en el sentido en que figurarse algo es concebirlo o imaginarlo, en el sentido en que hablar figuradamente permite referirse a una cosa para aludir desplazadamente a otra). La poesía de Carlos Godoy, en tanto, concibe al peronismo como una manera de ser: una idiosincrasia, un temperamento, un repertorio de costumbres y preferencias que admiten ser advertidas y clasificadas por un ojo experto en la sensibilidad pertinente, y enumeradas en el sucederse de los versos con la misma seguridad poética con que Homero pasara lista ante las tropas de Agamenón.

La *Escolástica peronista ilustrada* viene así a consignar (y a ilustrar) qué es lo peronista. Estos versos casi iniciales: “Un peronista es peronista / si / y solo si / premia / lo miserable” (12-3), funcionan en cierto modo como una especie de moral, y señala como opción una marcada predilección por lo bajo y lo deteriorado: “lo ridículo, / lo grasa, / lo feo” (16); “La mugre / es un accesorio / peronista” (27); “Las dentaduras / podridas / son peronistas” (19). Godoy recupera, por revulsivo, ese mundo degradado de suciedad y putrefacción, para premiarlo con la literatura que escribe, pero también para expandirlo en la asociación que usualmente se practica entre lo bajo (en un sentido rabelaisiano) y lo popular (en un sentido no solamente rabelaisiano). De esa manera la *Escolástica...* se resuelve como una especie de repisa en verso donde coleccionar (y atesorar) diversos emblemas de la cultura popular, allí dispuestos para verse sancionados como certeza de lo peronista: “Mis topper / celestes / son peronistas” (15); “Las camperas Adidas / azules” (31); “Usar medias / diferentes en cada pie / o rotas en los talones” (18); “los sanguches de mortadela” (20); “un guiso de mondongo / es la oda peronista” (20); “Comer salame con vino / es peronista” (23); “El chori a la salida / del baile” (24); “la damajuana / es el recipiente / peronista” (27); “El jugo en damajuana / es peronista” (114); “el jogging / con zapatos / y camisa manga corta” (118). Lo que es peronista se expresa así en una modalidad de consumo y en una predilección de aspecto que se juegan en “lo grasa / lo feo”, pero también en una evocación de tipo barrial (“El concepto de barrio / es peronista” [21]) nada exenta de ternura: “Un almacén / improvisado / en la ventana / del living-comedor / que da a la calle / es peronista” (31).

¿Qué sentido podría tener una disputa sobre el carácter intrínsecamente peronista de este catálogo de lo popular, qué sentido podría tener un intento de demostrar que, como tales, preceden al peronismo o exceden al peronismo, si el propio Godoy advierte que lo que es peronista se define por medio de expropiaciones y apropiaciones de modalidades populares previas (ya se trate del asado, “una expropiación / peronista / a los gauchos” [27]; ya se trate de la palabra “compañero” [110])? Si algo hace, en todo caso, la *Escolástica peronista ilustrada*, es establecer, pero también reproducir, es registrar, pero también activar, ese engranaje cultural expansivo y absorbente. De ese modo, la enumeración de lo que es peronista pasa a incluir elementos o cualidades que en principio podrían resultar demasiado generales, demasiado extendidos, como para pretender circunscribirlos a una particularidad peronista (no menos que a cualquier otra). Así por caso cuando Godoy decide: “Tener un hijo, / ponerle nombre, / mostrarlo, / decir a todo el mundo / que se lo ama, / es peronista” (14); “El amor a la madre / es peronista” (14); “Comer con el noticiero / en la tele / es peronista” (20); “Amontonarse / alrededor / de un accidente / en plena General Paz / es peronista” (111); “Los canales de aire / son peronistas, / los que los miran / también” (117); “Enamorarse de / la seño / o de una / alumna / es peronista” (126), etc.

Si en las Topper celestes o el salame con vino, el guiso de mondongo o el jugo en damajuana podía reconocerse, si no la especificidad, sí al menos la particularidad de una cultura, ¿qué decir en cambio de estas otras definiciones, tan visiblemente amplias? ¿Quién tiene un hijo y no le pone nombre? ¿Quién le pone nombre y no lo muestra?



¿Quién no ama a su madre? ¿Quién no come, o no comió alguna vez, con el noticiero en la tele, o mira canales de aire? ¿Quién no se amontona, o no se amontonó alguna vez, alrededor de un accidente en la General Paz? ¿Quién no se enamoró alguna vez, no digamos de una alumna, pero sí en todo caso de la seño? Las definiciones se han vuelto generales, demasiado generales. No obstante, no podría decirse que en esto Carlos Godoy se excede, que se le va la mano, que se pasa de rosca. Más bien hay que entender hasta qué punto (y en esto la *Escolástica...* no solamente dice, también hace), excederse, irse la mano, pasarse de rosca, así como hace Godoy, es peronista.

Hay en eso una verdad tan certera como la de los sanguches de mortadela o el chori a la salida del baile. Tan certera como el detalle de la preparación de un guiso en la segunda parte del libro. O como esas citas diversas que, también en esa segunda parte, se le atribuyen a Perón bajo la fórmula reiterada de “Dijo el general”: una generalización en sentido estricto. Y no porque el peronismo generalice, sino por que *se generaliza*. Su naturaleza expansiva avanza hacia una cooptación menos persuasiva que fáctica: el lector de la *Escolástica...* acabará muy probablemente, no por volverse peronista, sino por reconocerse peronista, no por hacerse sino por descubrir que al menos en parte ya lo era, toda vez que el desenvolvimiento que se va ampliando desde lo bajo hacia lo popular y desde lo popular hacia lo general, terminará tarde o temprano por alcanzarlo.

Entonces sí, por fin, el discernimiento de lo peronista por parte de Carlos Godoy encuentra su verdad en la ambición de ser un todo: “La historia / es peronista” (11); “Los presidentes / de la república / son peronistas” (13); “La justicia / es peronista” (21); “Todos / los partidos políticos / son peronistas” (28). Y por supuesto que hay

que entender *toda* la historia, *todos* los presidentes y *toda* la justicia, tal como cuando se dice “todos / los partidos políticos”. El mundo entero, y para siempre: “Este mundo / como está, / tal como fue / hecho, / no va a dejar de / ser peronista” (122). En una de las pinturas de Daniel Santoro (97), puede verse una de esas esferas transparentes dentro de las cuales, si se las sacude, se produce el efecto de la caída de nieve; en la imagen que propone Santoro, hay una familia peronista que bajo la nieve contempla feliz el chalecito peronista que los espera. El peronismo queda retratado como burbuja de la felicidad. Dentro de la burbuja, sin embargo, la nieve que cae es verdadera. Y el peronismo como realidad resulta en un mundo entero.

La *Escolástica peronista ilustrada* de Carlos Godoy coloca al peronismo en un lugar difícil de contradecir, al establecer en su propio desarrollo una verdad suficientemente protectora: que la misma contradicción es, de por sí, peronista. Y esto no solo por sus notorios vaivenes respecto del menemismo, sino por cierto mecanismo retórico que le permite hacer que el peronismo se nutra y se ratifique con aquello que podría negarlo, contrariarlo, extinguirlo; convirtiendo a la paradoja, o mejor: a la conciliación de los opuestos, en su mejor razón de ser. De hecho el libro empieza diciendo así: “El único / peronismo / es / el de su extinción” (11). Su pacto de eternidad parece residir en eso, en que sabe deshacerse. Más adelante dice Godoy: “los radicales / también / son peronistas” (13): lo prueba que en el 83 le regalaron a su madre una cuna; ante eso su madre se hizo radical, es decir, sin saberlo, peronista. Y luego: “Decir / que no hay peronismo / es peronista” (17), lo que implica ni más ni menos que la evidencia de que el peronismo se afirma en aquello que lo niega (no por dialéctica, de más está decir, sino por prepotencia escolástica). La contradicción, en definitiva, no es en absoluto un problema, y mucho menos una debilidad; lejos de eso, es una voluntad, y hasta podría decirse que un estilo: “La impuntualidad / es un indicio / peronista, / odiar a los pelotudos / que son impuntuales / también” (116).

Si peronista es esto y lo otro, es preciso concentrarse en la “y”. No en “esto”, tampoco en “lo otro”, sino en la “y”. Lo que une a esto con lo otro. Lo que permite que “esto” termine por convertirse en “lo otro”. Habría que decir, entonces, que la “y” es peronista. No porque Carlos Godoy lo diga sino, una vez más, porque lo hace. Santoro recupera en imagen también estos aspectos. Hay al menos tres figuras que ofrecen una visión de Perón como víctima. En una (portada del libro) se lo ve en un bote, cabizbajo, vencido, expulsado, afligido, con la sola compañía (insólita para ese contexto, refulgente en el entorno opaco) de su célebre caballo pinto. En otra (95) no flota sobre las aguas, sino que está sumergido en ellas; eso sí, es un gigante, y en su condición de gigante le hace frente a un barco de guerra que apunta con sus cañones dispuestos a disparar (Perón en camisa, Perón descamisado, alza sus enormes manos, protege lo que queda a sus espaldas con el gesto del que frena algo, o pide calma, o se dispone a empujar). La tercera imagen (130-1) lo muestra, gigante de nuevo, encaramado a un edificio de los años 40-50; cuatro aviones de guerra lo rondan y lo hostigan. Perón tiene la boca abierta: grita, aúlla; les tira a los aviones manotazos desesperados. Gigante agredido, inmenso y herido, Perón es ahora King Kong. Es él y es su otro. Santoro adivina, genial, los avatares de un *devenir gorila*. Es esto y es lo otro, es Perón y es gorila; es entrar en contradicción sin que eso suponga contradecirse.

No obstante, aun con la proyección a un todo, aun con la asimilación de lo opuesto, Carlos Godoy reserva una parte considerable de la *Escolástica...* a especificar aquello que no es peronista; es decir, el remanente de ese todo que el peronismo abarca, el sobrante de eso otro que el peronismo deglute e incorpora. No todo entra, no todo se afirma; hay zonas que Godoy prefiere mantener, en principio al menos, en un lugar de refracción. Ciertas zonas de lo social asociadas con lo alto o lo que se pretende alto (“lo ario / primer mundista” [19]; los jugadores “de rugby / de golf / de water polo / de tenis / de hockey” [28]), ciertas zonas de la cultura desconfiables por sofisticadas



(“los artistas / que marcan tendencia” [16]; “la innovación” [31]), ciertas zonas de la política despreciables por su blandura o su debilidad (“los pelotudos / ecologistas” [112]; los que “se hacen / lugar en el poder / gracias a la / ‘tolerancia’ homosexual / de las buenas costumbres” [124]; “los progres” que “leen literatura gay” [126]): zonas que persisten en su deplorada alteridad y así definen lo que “no es peronista”, o se postran en el pozo de los netos gorilones (con sus variantes: “gorilones antipatria” [106], que son los profesores que no levantan sus clases cuando juega Argentina, “gorilones depilados” [112/3], “gorilones / con culo de mandrill” [126], “gorilón / hijo de puta” [128]). Godoy puede ponerse escabroso, lesivo, procaz, o actuar el guiño de la incorrección política, cuando se trata de designar eso que no es peronista y que en consecuencia no debe mencionarse sin el correspondiente hostigamiento. ¿Qué otra cosa, sino una malformación, puede existir más allá del todo? ¿Qué otra cosa, sino lo intragable, se resiste a ser devorado? El registro popular, antes empleado para el ternurismo del barrio o de la infancia, ahora habilita el diccionario de la agresión.

Aun así, no por eso Godoy renuncia del todo a la alternativa de la apropiación peronista. Entonces puede escribir por ejemplo: “Los gauchos / no son peronistas” (28); pero también: “El asado / es una apropiación / peronista / a los gauchos” (27). Y puede escribir por ejemplo: “Ni Cortázar / ni Borges / eran peronistas” (26); pero también: “Ficciones / de Borges / es peronista” (32) y “Rayuela / de Cortázar / es peronista” (32). Lo que deja un margen para reconducir hacia el peronismo aquello que no era peronista de por sí, ya se trate de peronizar el asado (se entiende que por medio de la insistencia en un rito) o ya se trate de peronizar un libro (se entiende que por medio de una maniobra de lectura). Después de todo, la *Escolástica...* determina esta certeza: “Los gorilones / funcionan / por oposición / nunca saben / qué es / y qué no es / peronista” (114). ¿Qué sentido dar a estos versos, en un libro básicamente destinado a discernir precisamente eso: qué es y qué no es peronista? Queda claro que la estrategia predominante apunta a que el lector reconozca en sí al peronista que es, aun cuando no lo sepa, o sobre todo cuando no lo sabe; pero si acaso el mecanismo fallara y se diera el caso de la aparición de uno de esos abominables gorilones que nunca saben qué es y qué no es peronista, no habrá nada mejor para ellos que los versos de esta misma *Escolástica...*: al terminar, ya sabrán eso que antes no sabían y se verán así corregidos, es decir, peronizados, no menos que *Ficciones* o *Rayuela*, no menos que el asado de los gauchos.

Pero existe otra forma de lo no peronista que no admite verse encuadrado en el imaginario que el peronismo reserva para la clase alta o la cultura alta. Es entonces cuando Godoy se planta y escribe: “Un zurdito / de la revolución / perdida / es la resaca / peronista / del estado” (25). O escribe: “Los troskos / y los comunistas / son la resaca / teórica / peronista” (107). Alguna vez Walter Benjamin sostuvo, a propósito del surrealismo, que era preciso ganar las fuerzas de la ebriedad para la revolución. Ahora Godoy parece decir que hay que ganar las fuerzas de la revolución para la

resaca. ¿A qué otra cosa, sino a la resaca, pertenece la palabra “zurdito”? Godoy abre este libro con una dedicatoria “A las generaciones sin revolución perdida” (7). Pero en el desarrollo del libro sostendrá: “La revolución / consentida / como un hecho / social / es peronista” (111). Y con esa formulación, es decir, con ese oximoron, desdice en cierto modo el gesto que empleó al dedicar. ¿Existe, puede existir, una forma más acabada de revolución perdida que esa rareza: una revolución consentida? Ese adjetivo, que ocupa todo un verso, reintroduce la marca histórica que la dedicatoria pretendió desalojar. No se trata ahora de lo ario primer mundista. Tampoco de los radicales que regalan cunas en el 83. La revolución perdida, la de los zurditos, se pierde doblemente bajo la forma inaudita del consentimiento como hecho social: se pierde en el sentido de que se neutraliza, se pierde en el sentido de que se escabulle.

Dos pinturas de Daniel Santoro: en una (135), Evita aparece, enorme, suspendida en el aire, flotando desde el cielo, a punto de tocar con sus pies el techo a dos aguas de una casa peronista; son varios los que, al distinguirla, se reúnen y señalan hacia lo alto. En la otra (40), un devoto se hinca a rezar protegido por un cono de luz, y la divinidad ante la que se arrodilla y se inclina no es otra cosa que un vestido de Evita (el vestido solo, sin Evita; pero el vestido *es* Evita). La aparición de Eva y la ausencia-presencia de Eva ilustran el peronismo, pero adquieren en la *Escolástica...* un carácter singular, porque en los versos de Carlos Godoy Evita no es mencionada nunca. Otra clase de omisiones (la de Isabelita, por lo pronto) son hoy por hoy de rigor cuando el peronismo habla de sí, pero hacer a un lado a Evita resulta una omisión llamativa.

Tal vez se lo pueda entender por la forma en que aparece Perón, cuando aparece: “Perón / tenía una pija enorme / la mostraba / con insistencia / a sus compañeros / en los baños / del liceo” (13) (Santoro plasma esta escena en su pintura [33], aunque no sin algunos ajustes: la “pija enorme” la muestra Perón, pero no a los compañeros en el liceo, sino delante de un espejo, es decir, para sí mismo: narcisismo genital peronista). La Evita incorpórea de Daniel Santoro es la opción ante la contundente corporalidad explícita que impone Perón en los versos de Carlos Godoy. La *Escolástica...* es en buena medida un tratado de sexualidad peronista, al hacer de lo sexual una clave para comprender esa frecuencia de la cultura popular que elige como expresión predominante.

No hay erótica en la *Escolástica...*: hay sexualidad. Las mujeres que se recortan son dos: la madre y la hermana (“El amor a tu mamá / y a tu hermana / también / es peronista” [15]; “Tu mamá / y tu hermana / haciendo / compras son la / gloria peronista” [23/4]; “Tu mamá / y tu hermana / haciéndose / las que leen / el diario / son lo más peronista / que he visto” [127]; etc.): en un mundo de padre ausente, ellas representan la intocabilidad femenina peronista. El resto es sexo: presidido en cierto modo por el apotegma “Lo lascivo / es peronista” (21), se suceden “las pajas / colectivas” (“un descubrimiento peronista”) (27), el “eyacularse / en los calzoncillos” (“es peronista”) (29), “la pedofilia” (“es un lapsus / peronista”) (30), “los travestis” (“el invento / peronista”) (30), masturbarse viendo una película de Isabel Sarli (“subsistencia peronista”) (106), “un sueño mojado” (“es peronista”) (112), “darle matraca / a un trava” (“el rito de iniciación / peronista”) (128), “Culear en / casa de la nena / mientras los papis / vacacionan en la costa” (“es peronista”) (15). Todo eso forma parte del muestrario que Godoy presenta a la consideración del lector. Por diverso que pueda parecer a primera vista, admite a la vez ser considerado apenas como una serie de variantes irradiadas a partir de una sola y misma imagen, es decir, derivaciones (o, si se prefiere, consecuencias) de esa imagen reflejada de Perón ante el espejo. Una vez apartadas la madre y la hermana, y bajo el auspicio ejemplar del liderazgo de Perón, se diría que no hay nada que se escatime, nada que se decline, que ante nada se retrocede (porque nunca se retrocede), ya se trate de un imaginario de profanación hogareña antiburguesa (nena y papis), ya se trate de un esmero de acumulación de vocales abiertas (matraca y trava).



También en el rubro sexual el ancho espectro de lo que es peronista no puede dejar de detenerse ante un límite más allá del cual lo que no es peronista perdura. Godoy acusa entonces un caso de gorilismo sexual: “Las novias / que no te la maman / son unas gorilas consentidas” (125) (consentidas: como la revolución). Pero aun en esto, lo mismo que en todo, queda siempre el recurso de avanzar, expropiar, apropiarse, imponerse, someter: “Al jugador / de rugby / de golf / de water polo / de tenis / de hockey / se la pone / fácilmente / de parado, / un mensajero peronista” (28). “De parado” y “fácilmente” deciden la impronta de la escena: el mensaje del mensajero. La utopía sexual general, que es siempre “ponerla”, alcanza un estadio mayor (de parado, fácilmente) si se trata de gorilas. El catálogo de Godoy (“depilados” y “culo de mandril”) adquiere en este sentido un matiz insoslayable.

Fecha de recepción: 20/3/2014. Fecha de aceptación: 18/6/2014

Bibliografía

- » Godoy, C. (2013). *Escolástica peronista ilustrada*, Ilustrada por D. Santoro. Buenos Aires, Interzona.
- » González, H. (2007). *Perón. Reflejos de una vida*. Buenos Aires, Colihue.
- » Horowicz, A. (2005). *Los cuatro peronismos*. Buenos Aires, Edhasa.
- » Murmis, M. y J. C. Portantiero (2011). *Estudios sobre los orígenes del peronismo*. Buenos Aires, Siglo XXI.